

# EL SILENCIO DE ARTHUR MILLER

Al cerrar la cerca de su casa, hay como una simbólica preparación para la cita consigo mismo que Arthur Miller se ha dado. Cerca, se encuentra el pequeño lago; la cerradura, un simple gancho sujeto a la malla metálica.



**M**ILLER guarda silencio. Figura fundamental de la moderna dramaturgia norteamericana, calló cuando no parecía posible seguir diciendo las mismas cosas. Con todas sus protestas, con toda su lucidez final, Proctor había sido llevado a la hoguera. Miller necesitaba, tal vez, ese silencio después del asombro producido por las llamas del machartismo.

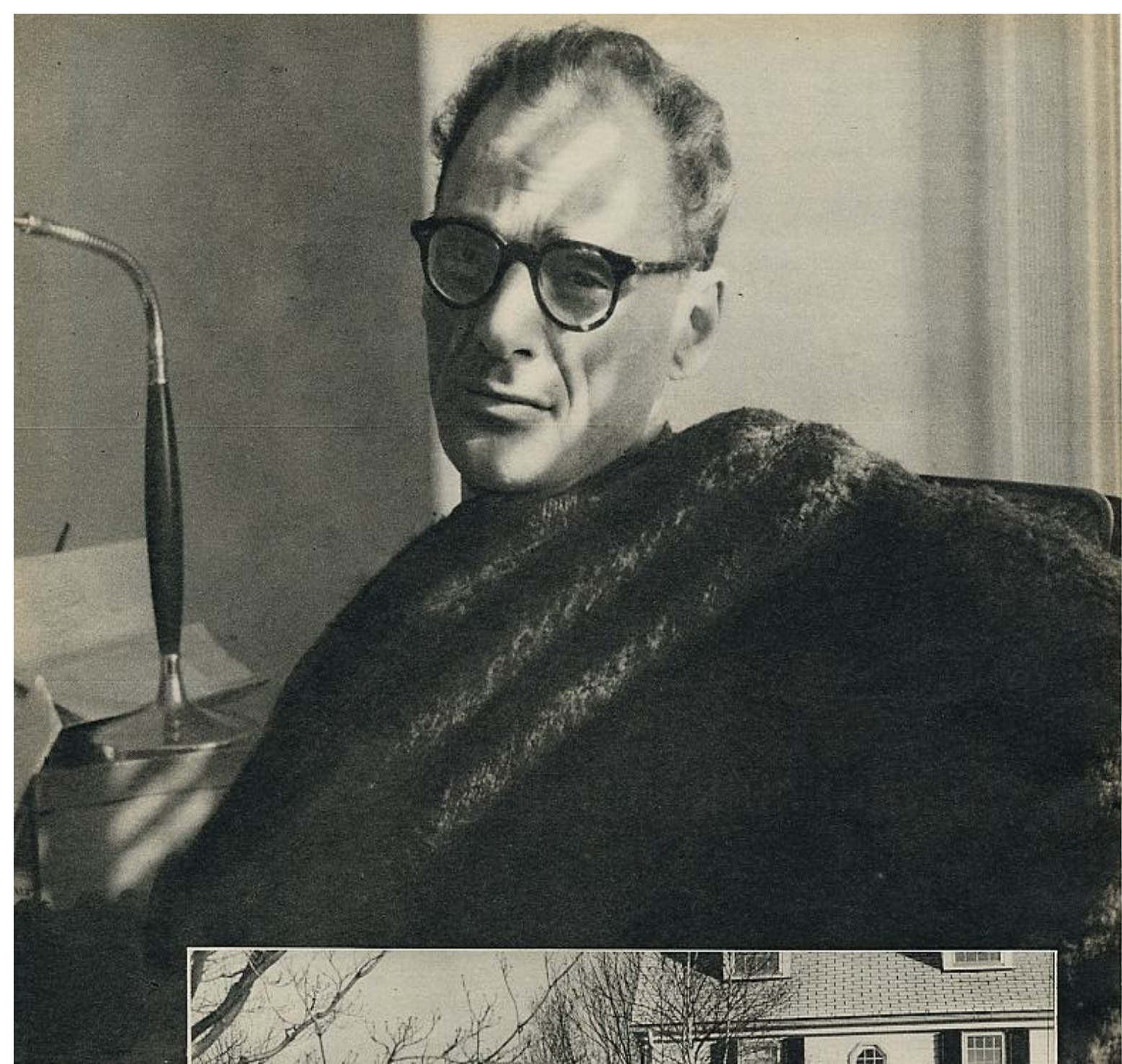
«Panorama desde el puente» inició una etapa dudosa. El matrimonio con Marilyn Monroe fue otro paso atrás. No porque Marilyn no fuese una mujer sensacional, sino porque a Miller le quitaron la paz. Paz para escribir o, simplemente, para mirar. De sujeto activo pasó a objeto pasivo. A la gente le importaba más mirar a Miller que saber lo que él veía con su mirada.

Alto, desgarrado, en un papel que no le iba, Miller abrazaba ante los fotógrafos a la inolvidable Marilyn. Los tontos hablaban, en serio, de un nuevo Pigmalión. ¡Como si Marilyn no tuviese personalidad arrolladora!

Fue una lección más. Nadie, ni siquiera Miller, podía resistir aquella avalancha. Vinieron las «fórmulas» de escape. El llevar a Marilyn al Actor's Studio; el hacerla trabajar junto a Laurence Olivier. La película «The Missfits»; el preparar con Huston la versión cinematográfica de «Panorama desde el puente».

¿Qué tenía eso que ver con el Miller de «La muerte de un viajante», «Todos eran mis hijos», «Historia de dos lunes» o «Las brujas de Salem»?

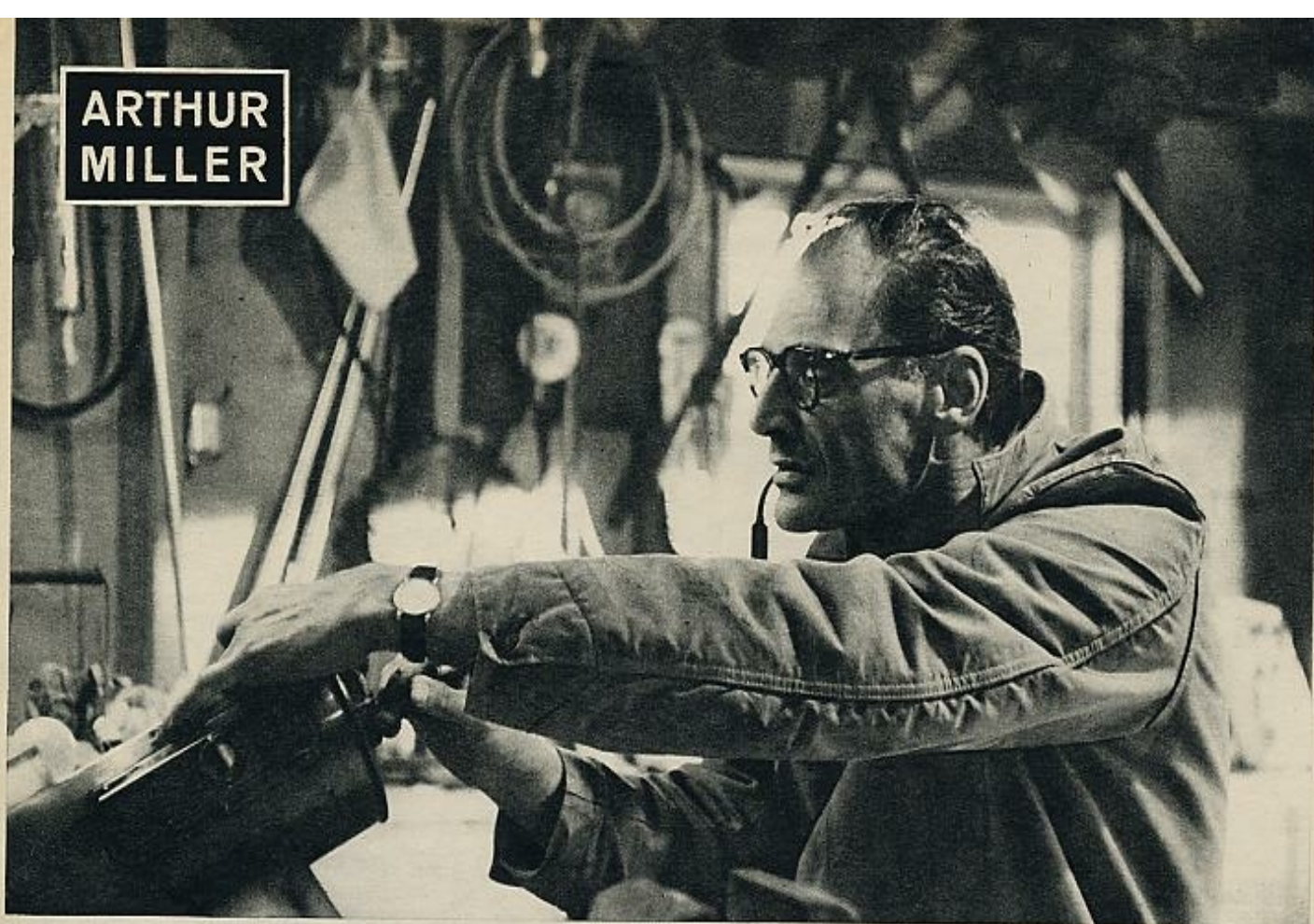
El desconcierto de Miller pareció pesar sobre la dramaturgia mundial. En América, el simplismo nacionalista nos proponía la **SIGUE**



«Parece un pájaro nocturno», dijo de Miller un periodista americano. En la foto superior, tiene un gesto contristado y meditabundo, como escarmentado, que, a la vez, nos mira y parece pedir perdón... A la derecha, puede verse la nueva casa de Miller en Roxbury (Connecticut), solitaria, sobre una pequeña colina, perfectamente acorde con la personalidad de su propietario.



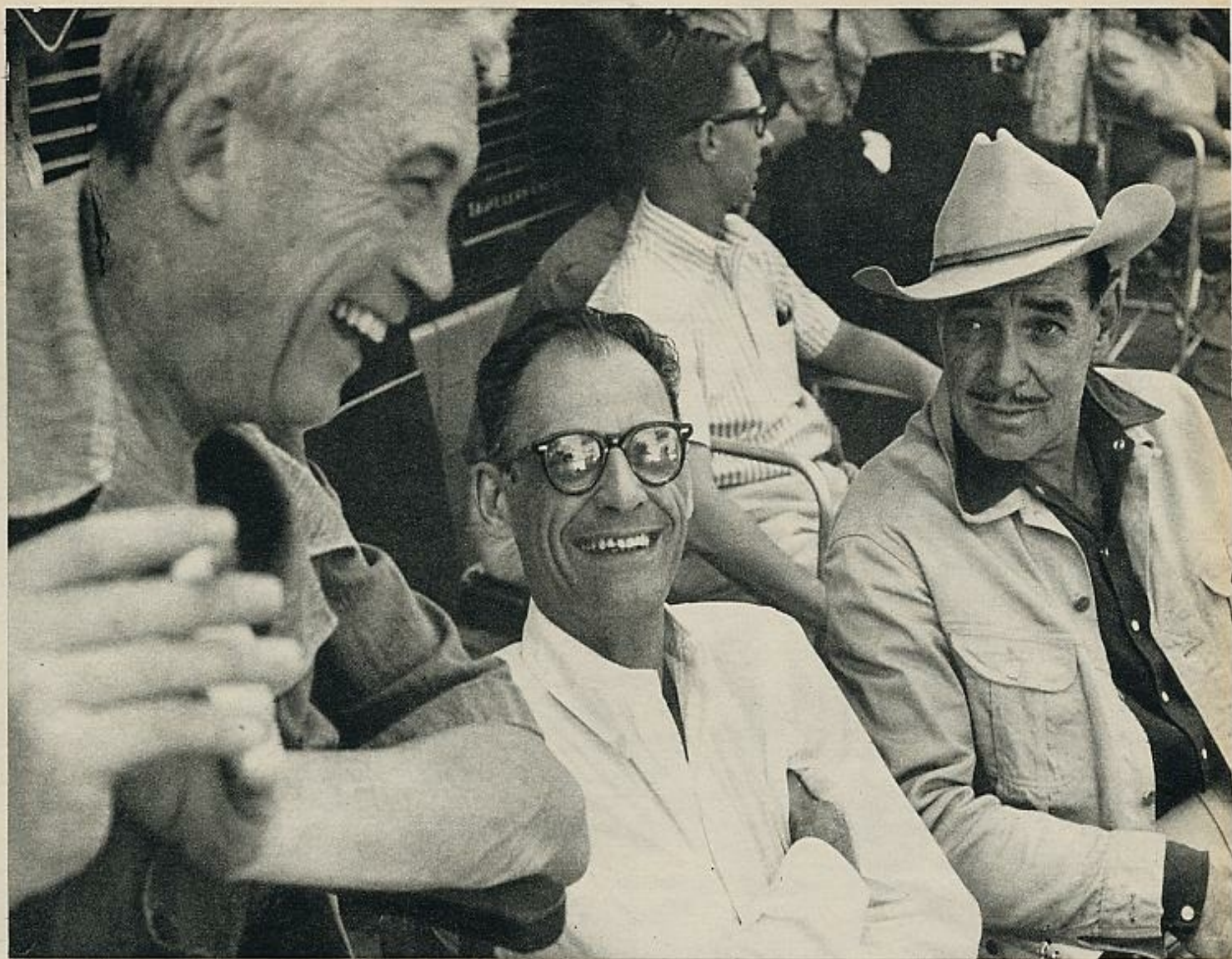
**ARTHUR  
MILLER**



Miller se dedica a preparar la tierra para sus plantas, y mientras manipula con las semillas habla una y otra vez, incansablemente, de Chejov, que le fascina.

Arthur Miller en el hogar. No es un «padre a la americana», como un amigo de más edad, sino que impone confianza y respeto a la vez. Está cerca y lejos.





Arriba: Durante el rodaje de «The Misfits», entre John Huston y Clark Gable. A la derecha se ve, a unos metros de la casa, el pabellón de caza, convertido en estudio. Su cuarto de trabajo, donde pasa las horas densas de lectura y reflexión, las horas en que planea y luego escribe sus dramas.

figura de Gibson —«Dos en el balancín», «El milagro de Ana Sullivan»— como cabeza de serie. El signo era lamentable. Y Kennedy quiso expresar su voluntad de cambio desde los primeros días, cuando llamó a los intelectuales de su patria, sin importarle las fantasmagorías del Comité de Actividades Antiamericanas. Aquel Santo Oficio que tuvo entre sus acusados a los dos hombres punta del cine y el teatro de los Estados Unidos: Chaplin y Miller.

Pero, primero por la situación antiprogresista de las clases dominantes de los Estados Unidos, luego por su propia desorientación sentimental, lo cierto es que Miller se nos fue de las carteleras, donde tanta falta hacía su talento y su sentido de la responsabilidad.

Hoy, las dos barreras que le destruían parecen rotas. Se casó, todavía viviendo Marilyn, con la fotógrafa de «Panorama desde el puente», una mujer a su medida, inteligente, silenciosa. Una mujer «que nunca había sido noticia». La otra barrera también parece haber sufrido profundas rectificaciones. Kennedy es, comparado con el bloque Eisenhower-Nixon, un modelo de sensatez. En el panorama U. S. A. parecen posibles varios colores.

¿Qué hace Miller? ¿Qué escribe? A estas preguntas responde gráficamente nuestro reportaje. Miller construye su rincón para el silencio. Seguro que, detrás de él, vendrán nuevas obras, nuevos testimonios. Miller tiene ya la paz necesaria.

En la evolución de la sociedad americana, en el «impasse» alcanzado por el teatro occidental —y en él puede incluirse el americano—, su voz es importante y necesaria. Miller vuelve a ser un escritor, que bien puede retirarse algún tiempo a la atalaya. Su obra y su vida le ponen al margen de todo riesgo de «arte por el arte». Simplemente, después de estar metido en la vida hasta el cuello, busca una ventana tranquila a través de la cual poder mirar.

JOSE MONLEON

